LA VANGUARDIA
BARCELONA
03/01/11
Prensa: Diaria
Tirada: 234.788 Ejemplares
Difusión: 200.291 Ejemplares
Página: 15
Sección: OPINIÓN Valor: 8.866,00 € Área (cm2): 528,3 Ocupación: 53,48 % Documento: 1/1 Cód: 43714360

José Luis Álvarez

Psicología política de la autoestima

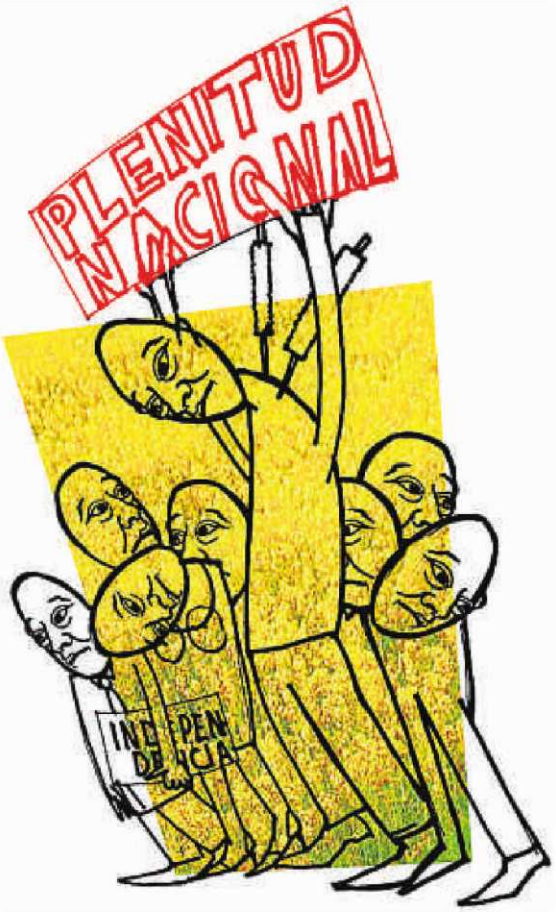
Uno de los pocos desarrollos llamativos de las elecciones ha sido confirmar cómo el vocabulario político sigue siendo reemplazado por lenguajes de otros dominios. Por ejemplo, este diario ha notado bien cómo la desesperación de los perdedores anunciados los llevó a spots banales, hedónicos y, por así decir, de consumo íntimo. Otra ilustración es la expresión "dos almas" del PSC –animismo más propio para un partido cristiano como Unió (aunque lo de dos almas les resultaría herético) que para uno socialista que debería reconocerse en categorías más materiales–. Esta fórmula de las dos almas sirve para esconder, piadosamente, el enfrentamiento entre las dos élites del PSC. Una cuyo poder resulta de décadas de triunfos electorales locales. Otra cuyo poder deriva de ser élite social o profesional previa a la política, en el PSC o en otra formación, y cuya fidelidad primaria es al mantenimiento de su distinción.

El ejemplo más interesante de desplazamiento del lenguaje político es hacia la psicología, encarnado en la referencia continua a una supuesta baja autoestima de Catalunya. El president Pujol la ha reiterado durante la promoción del último volumen de sus memorias. En la campaña de CiU han sido frecuentes las citas a la misma y Artur Mas aludió directamente a ella en ocasión tan señera como el debate de su investidura.

Incluso el cardenal Sistach afirmó, literalmente, que la visita papal de hace semanas serviría para elevar la baja autoestima del país. No explicó cómo.

Por supuesto, Catalunya no tiene autoestima, ni libido, ni psicopatías. La psicología sólo tiene sede en las personas, individualmente consideradas. La prosopopeya –atribuir a entes abstractos cualidades de seres humanos– es una figura retórica imprescindible para la comunicación, aunque distintiva de los nacionalismos, para los que hasta ahora había sido sobre todo épica (Catalunya triunfante) o poética (nación dulce). Lo novedoso es su contenido psicológico, que, por individual, supone una renuncia a lo común o público, una privatización de la política, el producto del individualismo liberal, más propio de la CiU del president Mas que de la del president Pujol.

Aceptemos, sin embargo, a beneficio de inventario, esta retórica y este diagnóstico psicológico y veamos hasta dónde nos lleva. En primer lugar, si fuera acertado el dictamen, no es grave. La baja autoestima no es psicosis –no aparece consignada en la relación oficial de enfermedades mentales–. Se podría definir como un estado de emociones negativas derivadas de una autopercepción, realista o no, de escasa capacidad para enfrentar retos vitales, por ejemplo, el encaje de una identidad nacional en un mundo globalizado. Se muestra en baja energía, escasa motivación para la acción y melancolía.



JORDI BARBA

Lo más interesante de la baja autoestima es su etiología. Suele originarse en sentimientos de derrota por fuerzas externas después de periodos prolongados de expectativas inapropiadas (esos largos años del Estatut ante el Tribunal Constitucional), por poco realistas (la estrategia el Estatut fue en lo fundamental unilateral, no negociada, demasiado confiada) o por ser estándares exaltados de éxito (triunfar en el mundo sin poder blando, sin seducir hacia fuera). Esas emociones negativas de fracaso, por falta de objeto externo donde canalizarse, se acaban invirtiendo en el propio sujeto, resultando en baja autoestima. Se podría decir que se pasa de un actor real, el *català emprenyat* (aquí la figura retórica sería la sinécdoque, tomar la parte, los nacionalistas, por el todo, los catalanes) que no tiene donde descargar su ira –no hay catarsis–, a un sujeto ideal, el país, que se autoinculpa por el fracaso de una estrategia jurídica que se construye como pérdida de dignidad.

El problema del catalanismo es que todavía carece de objeto externo donde volcar su energía política –la libido, por decirlo clínicamente–. Y si lo tiene todavía no lo puede reconocer política o públicamente. Afirmar que se aspira, como acaba de hacer el president Mas en su discurso de toma de posesión, a la "plenitud nacional", sin decir independencia, es, en sí, un acto de impotencia. Como reclamar, segundos después, "paciencia". Una de las causas de baja autoestima es precisamente la incapacidad del sujeto de absorber contradicciones (por ejemplo, independencia sí, pero como acto privado) en el superego. Y esta autoestima se deteriora especialmente en ausencia de autoridad parental que ayude a regular los impulsos de autoafirmación –autoridad que el president Mas, por falta de recorrido como líder institucional, todavía no puede encarnar, como no lo hicieron ni el president Maragall (demasiado individualista para constituirse en superego normativo) ni el president Montilla (demasiado permisivo con los adolescentes ERC e ICV), y sí encarnó el president Pujol–.

Por tanto, frustración respecto a los fines políticos y ambigüedad respecto a los medios de acción: lo extraño sería que no hubiera baja autoestima, no de Catalunya, pero sí de muchos nacionalistas.

Las recomendaciones para recuperar la autoestima convergen: autoaceptación, autoafirmación, propósito claro y asumir la responsabilidad de los propios fracasos (una derrota no tiene por qué ser culpa del sujeto, pero sí una reacción infantil ante ella). Terapias difíciles cuando lo público se diluye en lo privado, y las palabras sirven para diluir las intenciones.●

J.L. ÁLVAREZ, *doctor en Sociología por la Universidad de Harvard y profesor de Esade*